

lloraban, dice el padre San Agustín, ni se encontraban por el principal motivo que tanto le hacia padecer á la dolorosa Madre en su soledad, porque esta Señora se aflige sobremanera al considerar la ingratitude de los mortales al grande y señalado beneficio de la Redencion. Sola se vé, y sola conoce que la han de dejar: muchos cristianos, qual avaros Judas, renovarán la venta de su Santísimo y Divino Hijo. ¡Ah! Que bien puede esclamar en estos tristes momentos. *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consoletur me.*

Grandes fueron en verdad, los dolores de su corazon al ver á Jesus con el peso de la cruz en el camino del Calvario: su corazon partiase de dolor, cuando le veia caer en tierra, agoviado por el peso del santo madero: sin igual fué su afliccion cuando en la cima del Gólgatha, observó que le desnudaron de sus vestiduras dejándole desnudo á vista de todos los espectadores: no hay dolor que pueda compararse al suyo, cuando vió taladrar sus piés y manos con los clavos, y cuando vió que elevaban la cruz y la dejaron caer en el agujero de la peña: pero en fin, miraba el rostro de su Hijo y esto le servia de algun consuelo, ¿pero y en su soledad amarga? ¡Ah! Entonces sufre, y en vano para consolarse buscará aquel rostro Divino que estaba encerrado bajo la losa del sepulcro: ya no recibe la luz brillante que despedia el Sol Divino de Justicia y que venia á reverberar en el rostro de María, y sola y afligida esclama: ¿Habeis visto un dolor que pueda asemejarse al que yo sufro en mi soledad? ¿Habeis visto una pena que pueda compararse á la que divide mi corazon? Estoy llena de amargura y en esta triste soledad no encuentro quien me consuele.

Gracias os damos, Purísima María, y afligida Reina de los mártires por lo que cooperásteis á nuestra Redencion. Todas las generaciones aclamarán bienaventurada y os colmarán de bendiciones porque vos, Madre mia, fuisteis la Eva reparadora de los estragos que con su desobediencia trajo al mundo la primera. No es posible que nosotros podamos comprender el martirio de nuestra soledad, pero nosotros os compadecemos y quisiéramos que estuviera en nuestra mano el consolaros, pues se nos parte el corazon de pena al oiros esclamar. *Non est qui consoletur me.*

Pero si hemos visto los grandes padecimientos de María Santísima en su soledad, veamos ahora, contribuyó á hacerla mas amarga, el desamparo en que habian de dejarla en los futuros tiempos los pecadores. Asunto de la

## SEGUNDA PARTE.

Con razon la Iglesia apellida á María Reina de los mártires, toda vez que el martirio de esta Señora es mas perfecto, mas noble é infinitamente mas cruel que el de todos los mártires. ¿Pueden concebirse dolores mas crueles, tormentos mayores que los que hubo de sufrir el Redentor amabilísimo de la humanidad? ¿Ha habido mártir alguno cuyos padecimientos hayan sido tan acerbos como los de Jesucristo? ¿Sufrió alguno mayor número de tormentos? Pues todo cuanto padeció el Señor en todas las partes de su cuerpo, padeció María en su corazon: contéplala el padre San Bernardo al pié de la cruz, y no encontrando voces con que esplicar su dolor, dice que padeció con usura los dolores de que se vió libre en

su parto. Esto nos da á comprender la amargura de su soledad: ella reconcentró en su corazon todos los anteriores dolores. Pero ¿creeis que la causa única de serle tan amarga su soledad, fuese la ausencia de su Hijo y el recuerdo de sus tormentos? Suficiente era esto para que pudiese exclamar: «No hay un dolor que pueda asemejarse al que yo sufro en mi soledad.» Porque en efecto: nadie es capaz de imaginar cuánta amargura se derramaria en su corazon amante. ¿Dónde estás, esclamaría abrevada de pena y de dolor, dónde estás luz de mis ojos, vida de mi alma? ¿Por qué has bajado al sepulcro sin llevarme contigo? ¡Ah! Que yo no puedo vivir sin tu hermosa compañía. ¡Cuán feliz sería esta tu afligida Madre, si ella hubiese podido padecer sola y ofrecer el sacrificio! ¡Mas ay! Que el mio no hubiese sido de valor infinito, y era preciso que tú murieses para que se salvase la humanidad! Me resigno gustosa con la voluntad de Dios, soy su esclava y no debo quejarme.

Cristianos, ¿qué os parece mayor, la angustia de la Santísima Virgen en su soledad, ó su resignacion y conformidad en la voluntad divina? Ambas cosas son admirables á mi vista: en tanto es mas humilde en cuanto mas mortificada. Su misma conformidad debía prestarle algun consuelo: ella le ha visto padecer, pero sabe que es Dios: le ha visto colocar en el sepulcro pero no ignora que resucitará al tercer día, y que despues subirá glorioso á los cielos para ocupar su trono á la diestra de su Eterno Padre. ¿Cómo, pues, no mitigar su dolor estas ideas? ¿Cómo, esclama, que no hay quien la preste consuelo?

Acaso vosotros, ¿ignorareis la segunda causa de la amargura de su soledad? Pues sabed que allí, presente

á su privilegiada imaginacion, hallábanse las generaciones futuras: hallábanse nuestros padres, nosotros y nuestros descendientes que han de existir hasta el último dia del postrero siglo: esa ingratitude monstruosa con que multitud de cristianos habian de renovar su soledad, desobedeciendo á su Hijo, despreciando su divina ley y haciendo infructuosa para ellos la pasion y muerte del Redentor; véialo María, y tales y tan ciertos presagios daban los últimos golpes á aquella afilada cuchilla, que atravesaba su corazon amante: entonces juntando las manos ante el pecho, y elevando sus ojos al cielo, esclamaría: ¡Oh Eterno Padre, mi Dios y mi Señor! ¿Será posible que tanta sangre vertida, tantos azotes, tantas espinas, tan innumerables injurias, tanta llaga, tanto dolor, y una muerte tan cruel, no sea aprovechada por tan gran número de hombres, que mirando con menosprecio ó indiferencia esa glòria que vuestro Santísimo Hijo les ha conquistado con su cruz, prefieran el infierno? ¿Será posible que haya hombres tan faltos de juicio, tan insensatos que prefieran morir de sed antes que beber en la fuente de agua viva? ¿Será posible que el fuerte armado siga haciendo nuevas conquistas aun despues de efectuada la Redencion del mundo? Ved aquí, mis hermanos, como todo cuanto descubria á través de los siglos contribuia á angustiar mas y mas su oprimidísimo corazon. Nuestras culpas, nuestra ingratitude, nuestros vicios, como asimismo los rudos ataques que la impiedad escudada con el nombre de filosofismo, habia de dirigir á la Iglesia fundada por su divino Hijo, la indiferencia en materias religiosas, las muchas blasfemias que se habian de proferir; la presente corrupcion de las costumbres que hoy ha minado el edificio

social en toda Europa; el abuso que se habia de hacer de los Sacramentos; en una palabra, los vicios que habian de reinar en el cristiano pueblo; la envidia, la soberbia, la lascivia, causa de tantos crímenes, todo estaba presente á su imaginacion, todo contribuia á aumentar el dolor que padecia en su soledad, las lágrimas que surcaban sus mejillas.

Ahora bien, mis amadísimos oyentes ¿os es conocida la segunda causa de la amargura de esta reina soberana? ¡Con cuánta razon esclama: *Populus meus oblitus est mei*: mi pueblo está olvidado de mí y así es que no hallo consuelo á mi dolor. Pregúntese, pues, cada uno de vosotros: ¿Habré yo tenido parte en la angustia de María? Habré contribuido á hacer mas penosa y amarga su soledad? Para satisfaceros, recordad vuestras costumbres y ved si ellas están conformes con lo que Jesucristo ordena, con lo que debe esperarse de un cristiano. Si como los primeros seguidores del Evangelio sois humildes, sufridos en la adversidad, fuertes para resistir las tentaciones; si tenéis una fé verdadera y vuestra caridad está adornada de las cualidades que señala el Apóstol, sois felices, lejos de renovar por vuestra parte la soledad de la Santísima Virgen, la consolais y merecereis alcanzar por ella, la salud y vida de vuestras almas (1). Pero por el contrario, si vivís engolfados en los placeres del mundo, si sacrificais todo vuestro tiempo y vuestros cuidados á los bienes y comodidades de la tierra, sin trabajar por vuestra salvacion; si estais henchidos de soberbia, sin conocer vuestra miseria y vuestra nada; si la codicia se ha apoderado de vuestros cora-

(1) Qui me invenerit, invenet vitam. Prov. cap. VIII, v. 35.

zones logrando desterrar de ellos todo principio de caridad, entonces sois unos criminales que renovando los tormentos de Jesus dejais á María abandonada en su Soledad, porque lejos de mostrarle amor, le manifestais ódio, señal evidente de que no merecereis su proteccion porque amais la muerte (1).

¡Ay, mis hermanos! Por desgracia es bastante crecido el número de los cristianos que ingratos y rebeldes á Jesucristo, que nos redimió con tantos tormentos, y á María que de un modo tan admirable cooperó á la obra de nuestro rescate, afligen de continuo el corazon de esta purísima criatura, que como su Hijo, con cuyos sentimientos hállase identificada, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Pero María dirige su vista á los cristianos, observa la general corrupcion de las costumbres, y al ver lo poco que se acuerdan de los tormentos de su Hijo, y de sus dolores y soledad amarga, esclama en sentir de San Buenaventura: ¡Ay de mí, mujer desconsoladísima! ¡De todos soy olvidada y desamparada en mis penas! No hay quien me acompañe y consuele, y sola lloro la muerte de mi Hijo, pues que poniendo todos sus pensamientos en las cosas terrenas y perecederas, no tienen un momento para dedicarlo á su Redentor, ni á mí, ni á su propia salvacion.

Desgraciados de nosotros, mis amados hermanos, si pertenecemos al número de esas criaturas ingratas de las que con tanta justicia se queja la Santísima Virgen. Infelices de nosotros, si aunque procuremos no caer en graves pecados, no tratamos de combatir los vicios, de ser agradecidos al Redentor, observado-

(1) Qui autem in me peccaverit, lædet animam suam, Omnes qui me oderunt, diligunt mortem. Ibid. v. 36.

res de su divina ley, y verdaderos devotos de la Santísima Virgen, recordando de continuo cuanto padeció por nosotros en la pasión de su Divino Hijo, y después cuando quedó en la más triste y lamentable Soledad.

Oid aunque abreviadas las expresiones proferidas por la misma Virgen Santísima á una sierva suya: «La perdición de tantas almas como se condenan, y los daños que padece el pueblo cristiano, todo se origina del olvido y desprecio que tienen de la vida de Cristo, y de las obras de la Redención humana. »Si en esto se tomara algún medio para despertar su memoria y agradecimiento, y procedieran como hijos fieles, y reconocidos á su Hacedor y reparador y á mí que soy su intercesora, se aplacára la indignación del justo Juez, y tuviera algún remedio la general ruina (1).» ¡Cuán felices seríamos si gravásemos en nuestros corazones estas sentidas expresiones de la Santísima Virgen! Procuremos, pues, acompañarla en su triste Soledad, con un espíritu verdaderamente cristiano, pues á más de que así estamos obligados á practicarlos por deberes de amor y gratitud, son extraordinariamente estimables los bienes que de ello resultan á nuestras almas.

Si Jesucristo como Padre amoroso está siempre dando buenas inspiraciones, y llamando á la puerta de vuestros corazones, para que huyendo del pecado, entreis por los rectos caminos de la salvación, ¿cuántas máximas saludables no ha dispuesto que oigais durante esta santa Cuaresma? Al mismo tiempo que en otros países no habrá resonado la trompeta de la Divina

(1) Mist. Ciud. 2. part. n. 931.

Palabra, entre vosotros ha caído con abundancia esta semilla de salud. ¿Habrá caído en buena tierra? ¿Producirá en vuestros corazones ópimos frutos? ¿Os decidireis á practicar las virtudes que se os han predicado, y á huir de los vicios que hemos venido combatiendo? Quiera el Señor que así sea y que no se levanten en juicio contra vosotros los ninivitas convertidos por la predicación de Jonás, profeta: David, dócil á la voz de Nathán; Pablo, apóstol de Cristo, obediente á la voz del Señor que le llamó á sí, y lo quiso trocar de perseguidor de los cristianos en vaso de elección. Si así lo haceis; si dóciles á Jesucristo que os ha hablado por mi ministerio, vivís en justicia y santidad, en la meditación continua de los tormentos de Jesús, y los dolores y soledad de su Madre, sufrido todo por nosotros, y esto practicais con una resolución firme y constante, esta Señora que es nuestra Madre, en recompensa de haberla vosotros acompañado en su Soledad, durante los días de vuestra vida, os acompañará en la hora de vuestra muerte, intercederá con su Santísimo Hijo para que sean borrados vuestros pecados y os alcanzará la posesión feliz de la gloria, que os deseo. *Amen.*

FIN DEL TOMO CUARTO.